Editorial

Optimismo frente al nuevo milenio

Manuel Quijano Narezo

En 1928 Aldous Huxley escribió la novela, convertida en clásica, *Un mundo feliz* en que describía en el futuro la sociedad humana beneficiada por los adelantos previsibles de la ciencia y la tecnología. Era una crítica, claro está, pero no tanto de los desarrollos posibles, sino de la idea prevaleciente, en todos nosotros, de la confianza en el progreso que prometía un delicioso porvenir.

El hombre es el arquitecto de su propio destino, se decía, puede escoger sus objetivos y planear la ruta del éxito. Ahora estamos lejos de ese triunfalismo, a pesar de que la evolución técnica haya sobrepasado inclusive los sueños de los cerebros más imaginativos: Julio Verne quedó atrás, el hombre caminó sobre la luna, envió instrumentos que exploraron a Marte, la electricidad se utiliza en billones de hogares, el sonido, la imagen y la información llegan simultáneamente a todas partes, la estratósfera tanto como los océanos, el universo tanto como los genes han revelado muchos de sus secretos y ofrecido sus riquezas.

No obstante el porvenir nos preocupa ahora más que antes pues la insuficiencia de recursos naturales que antes se consideraban inextinguibles, aunada al mal uso, la destrucción y el envenenamiento del entorno, hace sombrío el futuro, aun en el supuesto de una total ausencia de grandes catástrofes como hambrunas, epidemias, guerras mundiales... que no pueden descartarse, Sin embargo, si queremos ser optimistas, podemos afirmar que en el próximo siglo se detendrá la explosión demográfica (el problema número primerísimo), se encontrará la manera de utilizar la energía solar y de otras fuentes, se revolucionará la agronomía y la agro-industria de manera que no falte alimento, que el dinamismo del crecimiento general no dependerá del dinamismo de los países industrializados pues participarán todas las regiones geográficas habiéndose corregido parcialmente, al menos, la desigualdad, y que la educación racional y universal irá poco a poco moderando la ambición y el atractivo del poder. En otras palabras, que se inventará "un nuevo conocimiento" mediante el paso por una fase de "solidaridad para la sobrevida", única manera de evitar las crisis. Los países ricos accederán a proporcionar a los países pobres los medios de desarrollo, no por generosidad o por sentido moral, sino por su propia conveniencia, para vivir en paz.

Los hombres de fin de siglo, condicionados por el deslumbrante avance de la ciencia, nos preguntamos si ella puede convertirse en un instrumento de esa innovación. Hasta ahora la ciencia ha tenido tres vertientes de actividad: a) la acumulación de conocimientos para comprender y explicar; b) la movilización de esos conocimientos para construir instrumentos de desarrollo; c) la búsqueda de la transformación de las condiciones económicas y sociales para expandir el uso de las innovaciones tecnológicas. Y las sociedades han actuado conformemente, las ricas con la ilusión de su *confort*, y las pobres fascinadas con ideologías que prometen o engendran falsas esperanzas.

La construcción de nuevos modelos socioeconómicos también avanza: por ejemplo, hoy se considera que es más importante plantear bien los problemas pertinentes que proponer soluciones de inmediato. Claro, no dejan de señalarse constantemente las imperfecciones de cualquier modelo, pero la principal indigencia es la incapacidad para traducir en planteamientos concretos las insignificancias, las rupturas, las crisis, con esfuerzos voluntariosos, continuados y sistemáticos; lo que es preciso incorporar es que algunas decisiones contrarias al egoísmo natural de los hombres, impongan sacrificios parejos para la mayor parte de la opinión pública. Y que las tentativas de aplicación voluntaria de técnicas nuevas convenza a no aferrarse a los modos de desarrollo del pasado. Dejar de ser "aprendices de brujo".

Con frecuencia se repite la frase de André Malraux: "El tercer milenio será espiritual o no será". Es decir, después del modelo de dominio y explotación de la naturaleza, del intenso consumo de riquezas materiales, del que parecían obsesos los países industrializados, tendrá que venir una civilización en que los valores sociales y espirituales se hagan indispensables. Se ha llegado al punto crucial de escoger entre la extinción de los recursos disponibles y la construcción de una interdependencia en donde los principales objetivos sean el desarrollo de la cultura y la espiritualidad. A esa interdependencia ayudará la expansión de la comunicación; y lo hemos visto ya, la técnica de la comunicación con fibras ópticas, electrónica, satélites, internet, inteligencia artificial, teledetección, etc., es hoy el triunfo máximo de la tecnología y el rasgo definitorio de la civilización de la segunda mitad de siglo. Esperemos que disminuya hasta la insignificancia la industria armamentista, ahora que parece superada –así sea parcialmente– la guerra fría, y la inversión en ciencia y tecnología tenga metas más humanas. Metas acordes con la

división internacional del trabajo, metas que compensen las ventajas, por un lado de la alta productividad con el menor costo de la mano de obra, por el otro, pero guardando en un nivel decente las condiciones de trabajo y aceptando precios adecuados para las materias primas que no poseen los países industrializados.

El avance en productividad y en la división de las labores, conducirá a la posibilidad de reducir el tiempo de trabajo –sea de naturaleza industrial o de servicio–, y ofrecerá una nueva condición para la civilización de la espiritualidad: tiempo libre para la cultura, el autoperfeccionamiento y la autoproducción.

En nuestro campo, la aplicación de los descubrimientos en biología molecular y en genética básica traerá muy probablemente una transformación de ciertas actividades industriales, la creación de nuevos productos y consecuencias sociales comparables con las que la física de los *quanta*, la mecánica ondulatoria y la relatividad de Einstein determinaron el nacimiento de la industria electrónica y nuclear.

Se pregunta uno si la ciencia nos conducirá a un desarrollo de carácter ahora desconocido... y la respuesta es positiva. El uso que los hombres darán a esa forma de avances hará que el modelo de desarrollo no se mida por la curva ascendente del PIB, ni por la cantidad de agentes energéticos consumidos, sino por la cantidad de informaciones que los hombres de diferentes latitudes intercambiarán y la calidad de sus comunicaciones. El poderío no se confundirá con el concepto de potencia material, ni por la cantidad de posesiones.

Esto no es anunciar la "edad de oro". Habrá todavía luchas encarnizadas por la nueva forma de poder, pero hay que confiar que, al menos, no nos conducirán inexorablemente, a la catástrofe.

Ya no más los países en desarrollo se fascinarán con los éxitos aparentes de la civilización occidental; se conformarán por construir dentro de ellos y con sus propios medios, una sociedad a su propia escala que sea considerada una potencia, algo digno de ser imitado.

Hasta ahora, la investigación científica y tecnológica, había tenido como fin mejorar la existencia material del hombre. En lo futuro revestirá una dimensión diferente que tenga en cuenta y que corresponda a la voluntad de progreso intelectual y espiritual de la sociedad.

ACÉRCATE AL POSGRADO DE LA UNAM

La dirección General de Estudios de Posgrado te invita a visitar su página de INTERNET para obtener toda la información que te interesa sobre:

- Planes y programas de estudios de posgrado
- Eventos del posgrado en la UNAM
- Becas
- Directorios de autoridades del posgrado en la UNAM y en instituciones privadas y públicas de educación superior

http://www.posgrado.unam.mx

Dirección General de Estudios de Posgrado, Av. Universidad No. 3000, Ciudad Universitaria, Edif. Oficinas Administrativas 2, Col. Copilco el Alto, C.P. 04510, México D.F. Tel. 622-2340 / 622-2342 / Fax. 616-2297
Correo electrónico: dgep@dgep.posgrado.unam.mx

Dirección General de Estudios de Posgrado

Irasema Rodríguez